

Un sueño

(A propósito de los cuarenta años
de Álvaro Mutis en México)

Juan Villoro

En el sueño, tenía una libreta con crédito para catorce cafés negros. Esta reserva me daba una alegría primigenia en la tertulia. Una mujer de pulso granítico dejaba caer el café en vasos pequeños. El sitio oía a conversaciones usadas y esto aumentaba mi felicidad. ¡Qué tedio empezar una anécdota en ceros! Allí todo se platicaba desde siempre.

La mesa era presidida por Álvaro Mutis, quien cumplía cuarenta años en México. Con un mes de diferencia, también yo cumplía cuarenta años. Un calendario honesto, ideal para una farmacia, mostraba un 24 grande y rojo. Alguien abría la puerta y el calendario se agitaba por uno de esos vientos que en las películas significa el paso de los días y allí anunciaba la proximidad de un mar bravo.

—¡Puerta! —gritaba la patrona, con el odio elemental con que se dirigía a todas las cosas.

Cuando el 24 volvía al reposo, recordaba que nací el 24 de septiembre y que Mutis llegó a México el 24 de octubre. Aquello pasó en 1956 pero en mi sueño el tiempo sólo se había interesado en Mutis: hablaba con solvencia de cuarenta años de venturas y descalabros en ese puerto sin barcos; en cambio, yo seguía en mi primer mes de nacido, sin otras señas de experiencia que mi gusto por el café negro y mi habilidad para interpretar las cruces que la patrona trazaba en la libreta.

Estaba feliz de cumplir un mes y ser estúpido. “¡Tonto de capirote!”, me decía una hermosa señorita y me acariciaba la crisma con una mano buena donde se adivinaban los muchos platos que había lavado.

Mutis hablaba con pericia de cualquier asunto sobre la Tierra; de cuando invitó a México a Günter Grass y le trajeron a un campesino que también se llamaba Günter Grass; de cuando conoció a Enrique Molina y se produjo una rara anunciación: mediados los tragos y las palabras, un pájaro muerto apareció entre los poetas (cada uno pensó que el otro lo había colocado subrepticamente, en cumplimiento de un ritual colombiano o argentino,

hasta que comprendieron que la propia poesía les enrarecía la tarde con ese plumaje); de cuando oyó a una jesuita belga hablar por larga distancia en latín con un colega de Inglaterra; de cuando conoció a Neruda y se resignó a que el poeta telúrico lo llamara "Bogotá"; de cuando fue a Panamá a vender películas y conoció a un tal Noriega que tenía ojos de ostión; de la muerte de Pushkin, que narraba en un tono afrentoso y épico, seguro de haberla visto; del postre "La nieve del almirante" que dio lugar a su gran novela; de los martinis que se sirven en peceras en cierto bar de Chicago; del recado que le envió Fidel Castro al enterarse de que era monárquico: "los dos estamos contra la burguesía"; de los biógrafos de Proust y Conrad, a los que conocía como si los hubiera asesorado; de *La Bandida*, quien mantenía un orden tiránico en su burdel y concentraba a las chicas con un grito de guerra: "¡salón!"; de los 1200 metros en los que crecen los cafetos fragantes; de los atardeceres violetas que veía desde el Hotel Regis cuando llegó a la ciudad de México.

Yo escuchaba todo esto con la sana irresponsabilidad de quien acaba de cumplir un mes; no tenía el menor compromiso de decir cosas que se entendieran ni de atenerme al decoro. Lo segundo era muy importante porque a las tertulias con Mutis llegaban señoritas poetas. Yo siempre había querido tocarlas y ahora podía chuparles los botones del vestido. Ellas jugaban conmigo, me decían "estúpido" en un tono magnífico y remojaban el índice en el café para que yo lo probara. Mutis las encandilaba con la voz que una vez narró *Los Intocables* y yo aprovechaba el arrobo de las mujeres para enterarme de que olían a vainilla y a un eucalipto decisivo.

Lo más curioso es que Mutis nos hablaba —incluso a mí, que me entretenía en lamer una esquina de la mesa— con paridad absoluta, como si hubiéramos hecho los mismos viajes y leído los mismos libros.

Con irrefutable precisión, afirmó que los mejores marinos nacen lejos de las costas: el mar no es una condición geográfica sino una moral. A pesar de mi contundente mameluco, recordé haberlo acompañado en un velero en el Caribe. En aquella ocasión impar, el timonel resultó ser de Teotihuacán. "¡Esto es cosa de locos, viejo, de fanáticos!", comentó Mutis al encontrar a uno de los suyos, un hombre de tierra adentro imantado por la navegación.

Estar con Mutis en un barco equivalía a estar con Shakespeare en el Globe Theatre, con Pelé en Maracaná o con los Beatles en los estudios de Abbey Road; sin embargo, yo no tenía edad para presumir y me limité a seguir con oído errabundo las selvas, los bares, los reyes fracasados, los magnates del cine y los deportes infamantes que llenaban la conversación del poeta.

En lo que servían otra ronda de cafés, un pedante, de los que finjen modestia adorando su reflejo en el piso y se presentan como serviles

grumetes de Maqroll el Gaviero, habló del romanticismo alemán. La palabra "corazón" saltó como una liebre. El romanticismo de aquel hombre que sorbía un mustio helado de nuez parecía arduamente forjado en las telenovelas del Canal 2. Mutis le dijo que el verdadero romántico no iba a las tertulias a tomar helados sino a beber arsénico. "¡Ser romántico es una cosa del carajo!" Durante unos segundos esperamos que poetaastro, tocado por una gorra náutica de imitación, nos beneficiara con su suicidio. En la limitada realidad, nunca había visto al poeta, que ha hecho de la amistad una religión, llamar al orden a esos seres obsecuentes, de verruga eterna, que citaban a Eliot al segundo capuchino y se iban antes de pagar la cuenta. En mi sueño, no perdí la oportunidad de que lo tirara por la borda: Mutis señaló la puerta con índice de almirantazgo y el falso romántico siguió la ruta de los tiburones.

Las señoritas poetas, que odiaban al advenedizo, favorecían a los inexpertos, me dieron besos que olían al café de los 1 200 metros y me alzaron como si yo fuera un trofeo y ellas las campeonas de alguna liga.

Mutis siguió hablando hasta que la tertulia pareció saturada de los cuarenta años plenos que había pasado entre nosotros. A los fecundos prodigios que salían de su boca yo sólo podía agregar mi admiración; lo único que conocía en México antes que él era el mes que iba de mi nacimiento a su llegada. En ese mes estaba, chupando botones deliciosos.

Pedí otro café de mi libreta, la patrona lanzó un grito rudo y agradable, y con aire traidor alguien me dijo: "el exprés despierta". Supe que estaba a punto de volver al sol y a mis propios cuarenta años. Empezaba la parte donde soñar cuesta trabajo y hay que prodigarse para no sentir el filo de las sábanas.

Por unos segundos pude volver a aquel sitio de mar en tierra. La vida pasaba por Mutis y nosotros lo escuchábamos con incurable asombro, y había versos y botellas, y se servían mariscos, y todo era perfecto.